

La profesionalización en antropología: una problemática poco discutida en la antropología venezolana*

GARCÍA GAVIDIA, NELLY
Facultad Experimental de Ciencias
Universidad del Zulia, Venezuela
e-mail: gargavi@cantv.net

RESUMEN

El presente trabajo aborda la problemática de la profesionalización de la antropología; se parte desde una reflexión sobre la constitución y comportamiento de la disciplina en general, se revisa la particularidad de su campo teórico, sus límites disciplinarios, así como también, la formalización de sus especialidades y la profesionalización y campo de trabajo; de igual manera se toma como referente la experiencia de la antropología venezolana. Este trabajo es el resultado de un ejercicio investigativo documental que tiene como objetivo describir esta situación con la finalidad de abrir el debate. Esta problemática no ha sido suficientemente debatida en el país, y en consecuencia la disciplina no ha logrado adquirir el puesto institucional, traducido en créditos y puestos de trabajo que confiera a todos y cada uno, en nuestro contexto, la certeza de su absoluta legitimidad.

Palabras clave: antropología, disciplina, especialización, profesionalización, Venezuela.

Anthropology as profession: problems little discussed in Venezuelan anthropology

ABSTRACT

The constitution and manner of the discipline are reviewed in general. Particular emphasis is on technique and areas of specialization including the formation of professions in the various theoretical fields. The article is the result of an investigation designed to stimulate debate. As a result of inadequate discussion and debate, anthropology in Venezuela has not been properly institutionalized in terms of academic credit and the stipulation of designated posts which would confer the needed legitimacy to all concerned.

Key words: anthropology, discipline, specialization, professions, Venezuela

1. Introducción

Desde la extensión y heterogeneidad de sus campos de interés y discusión, pasando por la vasta dimensión temporal y espacial de sus temáticas y por la multiplicidad de disciplinas, subdisciplinas y especialidades que la integran, hasta los diferentes nombres que adopta en los diversos departamentos universitarios y comunidades profesionales existentes en el mundo, la antropología es una ciencia llena de polisemia y ambigüedades. En su recorrido histórico ha pasado por varias etapas: fue una invención del mundo occidental frente al “exotismo” de los otros, en un primer momento, luego pasó a ser una respuesta a la necesidad de legitimar la presencia de los colonizadores en sociedades nacientes, en territorios fuera del ámbito europeo. Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, se insertó en el cuadro de las disciplinas científicas modernas, y se constituyó como una disciplina académicamente institucionalizada y administrada por profesionales, con una matriz disciplinar enmarcada en el estudio de la realidad sociocultural desde la perspectiva del contacto que se ha dado y se sigue dando entre los seres humanos.

En el caso de los países de la América del Sur, y específicamente en Venezuela, con la llegada de los europeos se pone en movimiento la construcción de la otredad por la diferencia y el conflicto. La política colonialista y expansionista de los europeos trajo consigo la necesidad de describir, interpretar y comprender a los nativos de las tierras recién descubiertas, también puso en evidencia que el contacto entre los diferentes grupos estaba cargado de agudas y profundas contradicciones sociales y culturales. Esta particular situación tiene como consecuencia que los antecedentes más remotos de la antropología suramericana y venezolana puedan rastrearse a partir de la colonización del continente americano, en el siglo XVI. Resultado de ello, fueron las crónicas, reportes y estudios realizados por evangelizadores, misioneros y exploradores; como por ejemplo, los trabajos de los

padres Gille, Caulín y Gumilla, quienes con rigurosidad informaron, tradujeron, anotaron y encuestaron las lenguas locales, obteniendo las primeras etnografías de las comunidades del oriente y el sur del país.

En Venezuela, otro de los antecedentes debe buscarse en el interés que a finales del siglo XIX despertaban las particularidades de las costumbres venezolanas en costumbristas y folkloristas (como por ejemplo: Bolet Peraza, Teófilo Rodríguez, Arístides Rojas, etc.). Sin embargo, no es sino en la última década de ese mismo siglo, que se introdujeron en el país las ideas positivistas y los incipientes estudios sobre el hombre (es el caso de Humboldt) y la cultura (como Codazzi) que se desarrollaban en Europa (Meneses, 1992).

Ejemplos de estos primeros inicios son el trabajo monográfico sobre los Guajiros redactado por Adolf Ernst y los análisis que hace Rafael Villavicencio sobre la historia de la sociedad venezolana. Igualmente, los trabajos de: Gaspar Marcano quien publica unas notas para la etnografía del poblamiento antiguo del territorio venezolano y realiza uno de los primeros estudios craneométricos de los indígenas venezolanos, Lisandro Alvarado quien explicó los orígenes de la cultura venezolana revalorando la información etnohistórica suministrada por los cronistas y utilizando de manera muy científica las teorías y métodos de la etnología, lingüística y arqueología de la época (Vargas, 1976/1998), Alfredo Jhan quien combinó la información de primera mano con el trabajo de campo para darnos a conocer uno de los textos que casi todos nosotros hemos utilizado para iniciar nuestra preocupación por la comprensión del occidente venezolano. Todo esto dio pie para que inaugurando el siglo XX, se establecieran oficialmente los estudios antropológicos en Venezuela, por decisión de Cipriano Castro quien era el presidente del país en ese momento (Toro, 1906) se decretó la apertura de cátedras de antropología en la universidad venezolana, en ellas predominó el inte-

rés por el origen primitivo del país, por su pasado indígena. (Vizcaíno, 2004).

Además de los citados deben añadirse entre los precursores Julio Salas, Tulio Febres Cordero, Talavera Acosta y Pedro Manuel Arcaya; los dos primeros nombrados le dieron al estudio de las culturas amerindias y a las tradiciones y costumbres venezolanas un sentido práctico –político, ligado a la consolidación del Estado–nación venezolana; De los últimos, Talavera Acosta centró su interés en la descripción de lenguas indígenas y en la recopilación de sus mitos y Arcaya se preocupó por el estudio etnohistórico de los aborígenes del estado Falcón.

A pesar de este temprano interés, es sólo en la cuarta década del siglo XX, cuando realmente se comienza a producir un saber antropológico marcado por la profesionalización académica, –en un primer momento adquirida en otras latitudes: Miguel Acosta Saignes, Luís Brito Figueroa, Rodolfo Quintero–, y luego, con la creación y organización de espacios para la docencia y la investigación en la disciplina. La Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela y el Departamento de Antropología del Instituto de Investigaciones Científicas, son dos buenos ejemplos de la concreción de esta etapa. En 1953 se inició la carrera, propiamente profesional de antropología, la cual creció a la sombra de la sociología y esto fue así hasta la separación de las dos escuelas en la década de los ochenta.

Estos espacios y la nueva situación permitieron motivar el interés hacia la antropología y su particular mirada hacia los hechos sociales (Amodio, 1999). Así se multiplicaron los herederos de esta primera preocupación, se forjaron grupos de investigación desarrollados en Caracas, Mérida, Cumaná, el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela y la Maestría del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (Amodio, 1998). Paralelamente, más recientemente (en la década de los noventa del siglo pasado), se abren otros espacios para la

reflexión antropológica, a nivel del postgrado en la maestría en Etnología de la Universidad de los Andes y la Maestría en Antropología de la Universidad del Zulia, y en otras dependencias e instancias nacionales donde se realiza investigación en el área (como por ejemplo, en la Universidad de Guayana, etc.). Todo esto ha abierto las posibilidades investigativas a diversos campos temáticos, además de los que se habían privilegiado en las décadas anteriores.

Ahora bien, a pesar de todos estos esfuerzos, es inquietante que en Venezuela la antropología no haya sabido conquistar realmente la legitimidad a la cual debería aspirar, de allí que es posible afirmar que ésta disciplina no ha logrado adquirir una función institucional, traducida en crédito frente al público y puestos de trabajo a sus profesionales, de manera tal que, confiera a todos y cada uno, la certeza de su absoluto reconocimiento. Si vamos un poco más allá sería posible decir que en ésta no se han rebasado las situaciones de interminables cuestionamientos sobre su propia naturaleza. Y enfrentamientos pueriles.

Este trabajo es una reflexión sobre esta situación, y nace a partir de los resultados de dos experiencias investigativas, realizadas desde la Maestría en Antropología de la Universidad del Zulia: la primera de ellas, un trabajo de grado sobre los museos antropológicos en la región zuliana¹, y la segunda el proyecto de investigación sobre la existencia de un campo de empleo para el desarrollo de prácticas antropológicas dentro del mercado laboral de la región occidental del Estado Zulia². En estas dos investigaciones los resultados nos demostraron el desconocimiento que existe entre la población sobre la antropología. La única referencia de carácter profesional que de ésta se tiene es la que la relaciona con el pasado más remoto y las “cosas viejas” o “antiguas”.

Para hacer un balance general de la situación he optado por iniciar este trabajo con una pregunta general referida a la antropología, el estatus mismo de ésta como disciplina científica. De allí

la interrogante sobre la existencia en la antropología de un acuerdo mínimo y necesario para que sea percibida, por quienes la practican y la enseñan como por quienes la aprenden, como una disciplina científica. La claridad de la respuesta sobre este aspecto es uno de los signos que le daría crédito a los ojos de propios y extraños. De igual manera, cabe también la pregunta si existe en la antropología –en su práctica– uno o varios paradigmas teóricos y campos temáticos comunes que permitan a partir de allí afirmar que sea una ciencia.

Estas dos interrogantes, que no son novedosas ni soy yo quien primero se las hace sino que han sido una constante en la historia de la antropología, contribuyeron a la crisis identitaria de la disciplina, lo que ha dado pie a preguntarse sobre los límites disciplinarios frente a las otras disciplinas de las Ciencias Sociales y la formalización de sus especialidades. Todo esto incide ineludiblemente en la profesionalización y el campo de trabajo de la disciplina. Esta problemática es el núcleo de este trabajo, que es una investigación documental, nada concluyente, y cuyo objetivo es describir la situación para abrir el debate.

2. Campo y matriz de la antropología

Toda reflexión razonada sobre la alteridad cultural puede ser considerada como un esbozo de un discurso antropológico. De allí que en todas las sociedades que nos han precedido y que han dejado huellas escritas, en sus sistemas de cosmovisión pueden leerse cómo se plantearon el problema de la alteridad cultural. Ahora bien, esto no quiere decir que sólo sea en éstas donde se plantea el problema ya que ningún grupo humano tiene el prodigio de pensarse como grupo sin pensar sus fronteras con el exterior y sus diferencias con el que vive más allá. Esta inquietud por el otro ha sido, y sigue siéndolo, el aspecto fundamental y básico de la disciplina. (Boivin, et. al. 2004; Krotz, 2002). Ahora bien, en el momento cuando la antropología se inicia como una disciplina

académica, a fines del siglo XIX, se trasladó la interrogante sobre el ser humano o la humanidad, que desde siempre los grupos humanos se habían hecho, al campo de las ciencias empíricas. Esa es una de las razones por las cuales su matriz disciplinar y paradigmática, tuvo un denominador común y unívoco –a pesar de las diferencias entre los investigadores– que fue el evolucionismo. Más tarde, desde los primeros momentos de su consolidación la variedad paradigmática es lo normal y la heterogeneidad de su extensión temática se convierte en la constante.

En la historia de la disciplina es posible reconocer, como ya se señaló en líneas anteriores, que el primer modelo explicativo bajo el cual se trabajó fue el evolucionismo; el cual asumía que en el desarrollo de las sociedades humanas lo simple es siempre anterior a lo complejo, lo salvaje –más tarde primitivo– es anterior a lo civilizado. La pauta que marca esta complejización es el progreso técnico. De allí que para ordenar la pluralidad de las culturas y dar respuesta al contacto entre éstas se sacrificaba el orden interno de ellas en aras de encontrar una “teoría general” de la cultura; se partía de la unidad para llegar, no sin pena ni dificultades, a la diversidad. Entre los postulados generales de la naciente disciplina estaban: la unidad psíquica del género humano y la continuidad del orden histórico entre las diferentes formas de humanidad, este principio de continuidad estaba basado en una ley de evolución orientada que conduce de lo simple (ellos) a lo complejo (nosotros), de la infancia del mundo a su edad adulta. Maine, Bachoffen, McLennan, Morgan, Tylor, Frazer creían en la realidad de un orden que conducía a la sucesión de estados de la sociedad y de la cultura. Ellos aspiraban comprender y explicar cómo la humanidad pasa por estos estadios diferentes hasta llegar a su forma avanzada. Utilizando la comparación entre casos privilegiados, ellos dibujaban las secuencias históricas que la humanidad ha seguido.

Por otro lado, en cuanto a la profesionalización, desde 1871 cuando la antropología tomó su estatus de disciplina autónoma se

elaboró lo que podría llamarse una “ortodoxia antropológica” la cual dotó de ese “saber reservado” a cuadros institucionales ubicados en las cátedras, en los museos y en las revistas.

¿Qué pasaba en Venezuela durante este período? Aquí existió, por parte de algunos intelectuales un interés por las poblaciones amerindias; éstos hicieron formulaciones y descripciones explicativas sobre estas sociedades, siguiendo como modelo explicativo el evolucionismo. De la misma manera, basados en el mismo esquema que va de lo primitivo a la civilización, otros intelectuales estaban interesados en el costumbrismo y el folklorismo, consideraban que era necesario e imprescindible recolectar las creencias y costumbres que se transformarían con la civilización y el progreso (Acosta, 1967). Son ejemplos de esta naciente antropología las obras de: Gaspar Marcano, Elías Toro, Lisandro Alvarado, Alfredo Jahn, Julio Salas, etc.

Una vez que la disciplina se fue consolidando, el paradigma evolucionista se fue rechazando, tanto en Venezuela como en otras latitudes. La matriz disciplinar se concretó en los paradigmas racionalistas, estructural–funcionalista y culturalista; los cuales fueron puestos en práctica originariamente, por las llamadas “escuelas” del pensamiento antropológico, cada una de ellas originaria de una tradición intelectual particular y nacional: la *École Française de Sociologie* (el racionalismo), de la *British School of Social Anthropology* (estructural–funcionalismo) y de la *American Historical School of Anthropology* (culturalismo). Desde el punto de vista de la ciencia, durante este período, la marca y la guía fueron las ideas de razón y de objetividad.

Sin embargo, las tres matrices disciplinarias, que pueden ser ubicadas en el macro paradigma positivista y con las exigencias de la racionalidad, tuvieron un denominador común: el interés por los otros. La interrogante por los otros tiene semejanzas con la pregunta del período anterior: indagar sobre el contacto entre las culturas humanas; es decir sobre la otredad, la alteridad.

Lo que significa reconocer al otro como portador de una cultura, de un modo de vida diferente, desde el conjunto de la cultura propia. Esta interrogante iba acompañada por la aplicación de la categoría de orden. Las temáticas abordadas hacen referencia a la aplicación de esta última categoría a las sociedades y culturas de los otros; así se estudiaron: la organización social, las ‘formas elementales’ ordenadoras del pensamiento primitivo, la estructura social, la institución del parentesco, las funciones sociales, así como también, los procesos culturales y el establecimiento de patrones o regularidades culturales (Cardoso de Oliveira, 1988).

Es oportuno señalar que durante todo este período en Venezuela se inició propiamente la antropología de forma académica, sistemática y profesional: por una parte, se crearon el Departamento de Antropología en la Sociedad de Ciencias Naturales la Salle y el Departamento de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela; y por la otra, en 1953 se crea la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela. En estos espacios se reprodujo la matriz disciplinar de las Escuelas europeas y norteamericana citadas en párrafos anteriores y convertidas en centros de producción del conocimiento en la disciplina. Al mismo tiempo, desde aquellos centros se ejercía influencia para la temática y el tipo de investigaciones que se desarrollaban en el país. Algunos, muy pocos, de los integrantes de la comunidad disciplinar de esos espacios estuvieron comprometidos con la problemática indígena y otro, más reducido el grupo todavía, con el desarrollo de modelos interpretativos adaptados a la realidad nacional. De igual manera, en el país se ha vivido la crisis que la disciplina ha tenido en otros contextos con el agravante de haber caído en crisis sin haber logrado su maduración.

En el recorrido de este sendero la antropología desarrolló técnicas y métodos acordes con las sociedades que se había planteado estudiar, así definió como su particularidad metodológica a

la etnografía con sus componentes básicos: el desplazamiento del investigador, la observación en el campo, la descripción y la comparación.

De lo dicho hasta aquí puede deducirse la afirmación que la disciplina, desde un primer momento, asumió como objeto epistemológico por excelencia el estudio de la otredad, a diferencia de otras ciencias sociales que se ocuparon de abordar los acontecimientos históricos y sociales de occidente. Así pues, una vez en contacto con las variadas formas de eventos sociales, culturales y simbólicos la gama de perspectiva para describir lo visto y lo vivido se fueron ampliando y presentando como experiencia etnográfica, etnológica y antropológica. (Pérez–Taylor, 2002).

En los diferentes nombres para la disciplina, dados por las diferentes Escuelas nacionales, así como también, en los diversos significados –sirva como ejemplo, los usos de etnología, etnografía (en Francia y Rusia), antropología biológica, etnología, floklorística (en Alemania), antropología social (en Inglaterra), antropología cultural (en Estados Unidos)– que se le ha dado a la misma, radica otro de sus problemas: su polisemia y ambigüedad. Este hecho se ha repetido en otros contextos y ha permanecido hasta el presente, en el caso de Venezuela se asumió la antropología como ciencia general integrada por cuatro disciplinas: arqueología, antropología física, antropolingüística, y antropología social y/o cultural, dependiendo de la escuela de formación de los especialistas. Particularmente, en la Maestría de Antropología de la Universidad del Zulia se asumió la propuesta de Claude Lévi Strauss (1958/1974), quien consideró una necesidad definir y unificar estos términos:

“Faltan por definir la etnografía propiamente, y la etnología. Nosotros las distinguiremos, de manera sumaria y provisional, pero suficiente para el inicio de nuestra búsqueda, afirmando que la etnografía consiste en la observación y el análisis de grupos humanos considerados en su particularidad (a menudo elegidos, por razones teó-

ricas y prácticas, pero que no tienen nada que ver con la naturaleza de la investigación, entre los más diferentes a nosotros), y que busca restituir, lo más fiel posible, la vida de cada uno de ellos; mientras que la etnología utiliza de manera comparativa (y con fines que habrá que determinar posteriormente) los documentos presentados por el etnógrafo. Con estas definiciones, la etnografía toma el mismo sentido en todos los países; y la etnología corresponde aproximativamente a lo que se entiende, en los países anglosajones (donde el término de etnología cayó en desuso) por antropología social y cultural (la antropología social se consagra sobre todo al estudio de las instituciones consideradas como sistemas de representación, y la antropología cultural a las técnicas, y eventualmente también a las instituciones consideradas al servicio de la vida social) (Lévi Strauss, 1974:4 - 5).

Décadas más tarde el problema persiste y sino recordemos el comentario de Dan Sperber (1982) cuando llama la atención señalando que bajo el nombre de antropología cohabitan dos disciplinas diferentes: “la etnografía, disciplina interpretativa viva y agitada, y la antropología propiamente dicha, que no es apenas más que un souvenir filosófico duplicado de un proyecto científico remitido siempre al futuro” (1982:16). O la posición de C. Geertz (1973) para quien, lo que hace el antropólogo social es etnografía y ésta es una “descripción densa”. Todos estos avatares han influido en las dificultades que ha tenido la disciplina para establecerse como una disciplina autónoma. (Llobera, 1999).

La equívocidad de la antropología, derivada de sus múltiples nombres y paradigmas, tiene una incidencia directa en la crisis identitaria de la disciplina, conjuntamente con la descolonización del mundo occidental y el cuestionamiento del “estar ahí”, que se ha vivido desde las últimas décadas del siglo pasado; así como también el que en los lugares considerados, en el pasado, de “interés antropológico” se forman antropólogos, y en consecuencia, los otros lejanos, ahora son o están cercanos ya que los investigadores y los investigados son ciudadanos del mismo estado (Krotz, 2002).

Esta crisis puede ser peligrosa, si por una parte se cae en un bla, bla, bla, con barniz de especulación filosófica, y por el otro, en el envanecimiento con el exceso de “hipocondría epistemológica”, para llegar a los extremos de confesar el fracaso de no haber sabido conquistar, como disciplina, la legitimidad científica a la cual se aspira, o más aún, sí se pone todo el empeño en “saldar cuentas” con las generaciones anteriores. Pero también, la coyuntura puede ser la oportunidad de convertir la crisis en una crítica profunda capaz de evidenciar la necesidad de la refundación de la disciplina y la reconsideración de su “objeto”.

Esta problemática ha sido común a todas las disciplinas de las Ciencias Sociales y humanas que participan, desde la década de los ochenta del siglo pasado, en la reconsideración de su “objeto” bajo el ángulo de la institución de la relación social y de alguna manera, son cómplices de una cierta desposesión de sí mismas por el abandono del “punto de vista propio” que tenían sobre su objeto (Mary, 1986). En la antropología, la crisis ha dado cabida a la crítica al interior de sí y desde las dos últimas décadas del siglo XX, se ha puesto de manifiesto a través de diferentes movimientos intelectuales, programas y corrientes teóricas que transcurren de manera paralela. En este panorama cabe preguntarse si la antropología vive la tentación de la reconversión de su objeto en objeto – sujeto productor de sí misma y revelador de las condiciones de posibilidad y del sentido último de las otras dimensiones de la realidad humana.

La antropología a pesar de ese movimiento que tiende a dividirla y a dispersarla en una multiplicidad de dominios tiene, al mismo tiempo, una tendencia inversa hacia la unidad de su saber y por ello sigue viviendo una situación paradójica: por un lado, su apertura a todos los grupos humanos en cualquier ubicación geográfica o social y la afirmación de la particularidad de la experiencia etnográfica. Lo que permite afirmar que en su ejercicio pone en juego los paradigmas cultura/culturas, universalidad/particula-

ridad, identidad/alteridad, yendo en un mismo movimiento del estudio del otro al del sí mismo y del reconocimiento de las semejanzas al de las diferencias. Es por esto que, en muchos sentidos, más que una pregunta surgen varias interrogantes antropológicas cuyas respuestas originan que la diversificación sea una de las características de la antropología contemporánea.

Hoy no hay espacios teóricos cerrados dentro de la disciplina y todas las aproximaciones y las teorizaciones que en ella se hagan tienen cabida ya que forman parte de un saber donde se reproducen diferentes perspectivas sobre un objeto que tiene múltiples maneras de abordarse, y a las que sólo se les exige rigor como garantía de verdad. Lo interesante de la discusión presente es que en principio se ha abierto las puertas al debate, eso es muy bueno para la disciplina porque permite la revisión atenta de nociones y conceptos utilizados, así como también, seguramente, permitirá señalar pautas para que se avizoren nuevas perspectivas.

Esta situación puede ser revertida con la multiplicación de los espacios académicos para el desarrollo y la producción del conocimiento antropológico. Si bien, la disciplina ha tenido la necesidad de replegarse –el “mundo exótico y primitivo” se hizo cercano – e incursionar en otros espacios urbanos –la “antropología hecha en casa”– lo que la obliga a hablar los diversos lenguajes de las ciencias que se ocupan del ser humano desde diversas perspectivas. Esto quiere decir que la antropología, la hecha por nosotros o por los otros, debe ser políglota e integral en su interés por el ser humano en su multiplicidad fenoménica, sin renunciar “a ciertas reglas del juego epistemológico ni al cuerpo de conocimiento históricamente constituido que la caracteriza” (Llobera, 1990/1999:15).

3. Los límites entre la antropología y otras disciplinas de las ciencias sociales

La generalidad y universalidad de la antropología la condiciona a entrar en conflicto en la definición de sus límites en relación con las otras disciplinas sociales establecidas y esto, también tiene incidencia en la crisis de identidad que la disciplina ha vivido en el transcurso de su historia. Aprovecho esta oportunidad para asomar algunas ideas sobre esta problemática, que por supuesto también está vinculada con la profesionalización de la misma.

En el mundo moderno, las disciplinas académicas han ejercido una influencia dominante en la manera y modos de pensar del mundo y de cómo se entiende la realidad, esto quiere decir que los profesionales ubicados en cada una de ellas se representan el mundo y le dan sentido a la realidad a partir de la disciplina a la cual pertenecen. De manera tal, que aquellas proveen a sus profesionales tanto del marco cultural, de las localizaciones instituidas del conocimiento y de una identidad; es decir, les ayudan a clasificar el mundo y a clasificarse entre ellos.

Ahora bien, todas las disciplinas científicas en algún momento de su historia han vivido problemas de identidad, la Antropología no es la excepción. Uno de los aspectos que quizás esté ligado a esta situación es la estrecha vinculación con otras ciencias sociales donde los límites entre una y otra no son muchas veces fáciles de determinar (por ejemplo, con la sociología, con la política, o con la filosofía aún cuando ésta no sea propiamente una disciplina).

Lo dicho anteriormente, es lo que lleva a Alain Caillé (1986) a afirmar que “todas las disciplinas conocen problemas de identidad” y a buscar la causa de esta problemática, en las divisiones interdisciplinarias, ya que éstas son, a menudo arbitrarias desde el punto de vista del pensamiento y del contenido de la verdad. Por otra parte, el autor reconoce –y en esto coincidimos plenamente con él – que hay un lugar que es común a todas las ciencias socia-

les y humanas: así los historiadores, los economistas, los politólogos, los filósofos, “o esos no–científicos que son a veces más sociólogos que los sociólogos mismos saben todos que existe un lugar identificable donde se deposita y trabaja el saber sociológico producido por los unos y por los otros y acumulado por esa interrogante de la autoproducción social” (Caillé, 1986: 5).

La antropología interesada por el ser humano en sus múltiples dimensiones y variabilidades culturales no puede escapar a estas situaciones y confronta un sin número de situaciones ambivalentes y llenas de paradojas y aporías. Sirva como ejemplo, la paradoja de tener que construir un campo y un espacio particular específico; el cual pierde su legitimidad y su eficacia simbólica tan pronto cuando los que lo ocupan lo consideren únicamente como un ámbito particular apropiable sólo por especialistas, olvidando que no es sino la refracción de un movimiento general de la historia y de una interrogante colectiva de la humanidad sobre sí misma.

Sin embargo, aquella característica de los límites rígidos entre las disciplinas de la ciencia moderna, en el presente se rompen lentamente; hoy hay más fluidez y permeabilidad entre todas ellas y entre aquellos que se han formado para su ejercicio. En otras palabras, las disciplinas trascienden sus límites y se producen nuevos conocimientos que expresan el encuentro de varias disciplinas. Lo que genera un cambio en la configuración del saber, la cual va tener como característica su explosión, su diferenciación irreversible con el pasado que resulta de una renuncia al saber absoluto, a un discurso total sobre un objeto total.

Sin embargo, no hay que pasar por alto, que aún así, ninguna disciplina puede elaborar un discurso sobre un objeto sin engendrar un punto de vista totalizador, constitutivo de sí misma y fuente de fecundidad, que tiende siempre, de una cierta manera, a hacer coincidir el pensamiento y su objeto. Cada disciplina es una tentativa por ubicarse en una posición sobresaliente en relación

con las otras, sin embargo, nadie puede hoy reivindicar la posición de espectador absoluto, el privilegio del acceso a un universal sobresaliente, no lo tiene ni la antropología, ni la sociología ni la filosofía. El lugar está “desocupado” y debe permanecer desocupado. “Ninguna disciplina tiene la vocación particular de ser el “joker” de las otras, tampoco lo tiene la filosofía, no más que la sociología. Este lugar vacío es en la configuración actual del saber lo que permite el juego del intercambio entre las disciplinas” (Mary, 1986:48- 49).

El antropólogo (a), así como el sociólogo (a) es “un agente histórico, históricamente situado que hace mediaciones” (Bourdieu, 1982:29) espacio temporales y sociales; a través de su mirada al otro, su cultura y el grupo social y étnico al cual pertenece vuelven sobre sí su mirada. Lo que quiere decir que se ven a sí mismos, reflexionan sobre sí. A partir de su oficio y la expresión práctica que hacen de éste, todos los demás, agentes sociales como el y ella pueden conocer un poco mejor lo que ellos son, sienten y lo que hacen. Más esta posición, no los autoriza para ignorar que su punto de vista, la posición que adopta frente al sujeto/objeto de estudio se debe a su propia posición en el espacio social, a su experiencia particular del mundo social.

En consecuencia, la investigación científica fecunda se desarrolla en las márgenes, en las fronteras de las disciplinas existentes, pero no ejerce su esfuerzo de ruptura y de renovación de las problemáticas sino en referencia a los límites instalados en los espíritus ya interiorizados. Pero, como lo remarca André Mary (1986), una enseñanza que se fije en los márgenes fracasara en los objetivos que se ha dado y producirá efectos secundarios catastróficos sobre el plan de la estructuración del espíritu científico. Para que el trabajo de deconstrucción del objeto científico tenga un sentido, es necesario que éste sea aprendido como objeto construido. Cuando este trabajo crítico encuentra la escucha de un espíritu que no tiene otra vivencia sino la de la experiencia inmediata del

objeto, la complicidad que es susceptible de instaurarse entre el discurso crítico y el sentido común no puede reposar sino sobre un malentendido profundo.

Por otro lado, los nuevos desarrollos de la ciencia no afirman certezas –mucho menos disciplinarias– sino que anuncian posibilidades y señalan la no separación entre quien hace la investigación y el proceso de realización de la misma, entre sujeto que investiga y sujeto –objeto de la investigación; rompiendo los límites entre sujeto–objeto y reconociendo que los seres humanos y la naturaleza forman parte de un universo único. Esta situación exige del investigador tanto la apertura suficiente y la sólida formación que le permita trascender los límites disciplinarios.

De lo dicho hasta aquí, se puede dibujar la gran paradoja de la antropología, ciencia social a la cual le ha resultado difícil ubicarse como una disciplina autónoma, sobre todo en Venezuela donde aún sigue siendo la hermana pequeña de la sociología y otras disciplinas sociales, y debe al mismo tiempo, concurrir con el desarrollo de la ciencia actual. En esta coyuntura el antropólogo (a) tiene algunas ventajas: a) la antropología –como disciplina– no tiene ni defiende verdades esenciales ni absolutas ya que su interés es por los seres totales; b) los límites de la antropología con las otras disciplinas sociales no son rígidos ni tampoco con la biología humana, dado el sujeto que estudia se ve en la necesidad de utilizar todos aquellos discursos que le permitan la comprensión del mismo; c) la pretensión de la antropología es aprehender el seres humanos, vivos, en sus sociedades y en la sociedad en general a través del estudio de los sistemas culturales. La observación al interior de su propia sociedad y cultura puede ayudarlo a comprender mejor la de los otros. (Kilani, 1990).

En otras palabras, el antropólogo (a) está obligado (a) a formarse totalmente para poder hacer una investigación antropológica creativa, integral, que interactúe con el medio; ahora bien, esto quiere decir que en su ejercicio profesional y cotidiana-

no se ve en la necesidad de correr el riesgo de trascender los límites del sí mismo profesional y romper con el encapsulamiento disciplinario. Para esto la condición indispensable es que los profesionales de la antropología se involucren en la revisión intra y extra subjetiva para poner las bases de una nueva inter–subjetividad.

4. La formalización de las especialidades en la antropología y la práctica de su enseñanza.

La extensión de la antropología como ciencia está íntimamente relacionada con el sentido etimológico de la palabra: “la ciencia del hombre” o “la ciencia que estudia al ser humano”; como puede y se ha repetido en este trabajo tal amplitud es problemática en un doble sentido: por una parte, la ambigüedad para asir con precisión su sujeto–objeto de interés lo que genera su permeabilidad con las otras disciplinas que se ocupan del ser humano; y por la otra, el supuesto bajo el cual tratándose de los seres humanos todo cabe, se genera así un movimiento centrífugo que multiplica las subdisciplinas y especializaciones de la antropología que ha producido el surgimiento de nuevas disciplinas y subdisciplinas.

Las especializaciones para definirse, toman unas veces como referente la variable geográfica –antropología del mediterráneo, antropología de los andes, antropología del sureste asiático, etc.–, otras las disciplinas específicas con las cuales se hace el cruce interdisciplinario –antropología jurídica, antropología histórica, antropología política, antropología económica, antropología religiosa, etc.–, y aún más, también suelen definirse a partir del dominio temático que abordan los especialistas –antropología de la educación, antropología del parentesco, antropología de la alimentación, antropología visual, etc.–. Esto para dar sólo una muestra muy pequeña de lo que podría pensarse como una atomización de la disciplina (Berthoud, 1992). Sin embargo, soy de la opinión que si el campo científico de una disciplina está bien definido, prioritariamente caracterizado, y aquellos que trabajan en él

reconocen la multiplicidad de potenciales preguntas y la variabilidad de respuestas, y aún más, las posibilidades de trascender entre ellas, la especialización se convierte en una muestra de seguridad y de madurez.

Por otra parte, la antropología es una ciencia que no tiene el monopolio relativo y precario de su especialización; además cualquiera que sea la investigación empírica, no se puede a priori definir en su máxima exhaustividad, ni se puede aprehender –de una sola vez y bajo una sola mirada– un tema en todas sus dimensiones (Demazière, 1986) ni tampoco, las emociones, sentimientos, haceres y saberes humanos se agotan en el presente. La antropología o mejor las antropologías, como dice Esteban Krotz (2002) tiene que “que ocuparse sobre todo de la demostración de las profundas tendencias de la hominización”. (Krotz, 2002:401). En este caso Sin embargo, una especialización es una garantía de una cultura científica profunda; ésta sin especialización sería una herramienta sin utilidad, una tijera sin afilar, como lo señalaba Bachelard (1965).

En la formalización de los profesionales hay que tomar en cuenta que la problemática en torno al encuentro entre culturas constituye un componente invariable del debate a cerca de las políticas de desarrollo (Krotz, 2002:18)

Igualmente, el mismo Krotz señala que otro problema es el de la identidad “Tampoco en la discusión política ni en las propuestas de soluciones prácticas acerca de conflictos al parecer endémicos puede ya hacerse abstracción de una temática “típicamente antropológica”, es decir la que gira en torno de la identidad étnica y de las relaciones interculturales, por ejemplo, cuando se trata de la situación de los curdos en Turquía y en Irak, de los tamiles en Sri Lanka o de los indonesios de ascendencia china, de la casi olvidada guerra de Biafra o del resurgimiento del fundamentalismo islámico, de los conflictos en la costa del Caribe de Nicaragua, de las desavenencias entre las regiones autónomas y el gobierno central de España, de la virtual guerra civil de Irlanda del Norte y en

territorios del ex bloque oriental, de los disturbios en los *ghettos* negros o en las reservaciones indias de Norteamérica, o de los problemas de los trabajadores extranjeros, refugiados económicos y solicitantes de asilo –que con harta frecuencia provienen de las ex colonias– que viven, en la actualidad, en casi todas las ciudades europeas”.

5. Conclusión

A pesar de la equivocidad del nombre de la disciplina, de la reducción del objeto–sujeto de estudio sólo a las sociedades “primitivas” no occidentales que desde su origen marcó su especificidad, así como el exagerado relativismo de que cada sociedad, cada cultura tiene su propio esquema sociocultural lo que ha conducido a la incapacidad de la disciplina para hacer generalizaciones.

Notas

- ¹ Realizada por el sociólogo Lewis Pereira y tutorado por la Dra. Jacqueline Clarac de Briceño.
- ² Proyecto de investigación FDI, de la cual fui investigadora principal y que realicé con Leonardo Fernández.

6. Bibliografía

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. 1967. Materiales para la historia del folkllore en Venezuela”. En: Amodio, E. (editor). *Historia de la Antropología en Venezuela*. Maracaibo, Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia.
- ADAM, J –M; BOREL, M-J; CALAME, C; KILANI, M. 1995. *Le discours anthropologique*. Editions Payot Luusanne
- AMODIO, Emanuele. 1999. La antropología invisible. Líneas para una historiografía antropológica venezolana En: Meneses, Lino; Clarac de Briceño, Jacqueline; Gordones, Gladys (Editores), *Hacia la Antropología del Siglo XXI*; T. I. Mérida, CONICIT, CONAC,

- Universidad de los Andes. Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, CIET.
- AMODIO, Emanuele. 1998. Introducción a la antropología venezolana: historia y perspectivas. En: Amodio, E. (editor), *Historia de la Antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, Maracaibo.
- BERTHOUD, Gérald. 1992. *Vers une anthropologie générale. Modernité et altérité*. Genève, Librairie DROZ
- BOURDIEU, Pierre. 1982. *Leçon sur la leçon*. Paris, Editions de Minuit.
- BACHELARD, Gaston. 1965. *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*. Paris, PUF.
- CAILLE, Alain. 1986. “Tant ce que vous avez voulu savoir sur la sociologie en général et sur l’institut de sociologie de Caen en particulier, sans jamais oser le demander”. En: *Sociologues en quête de Sociologie ; Cahiers du LASA*, No5, 2do semestre, Caen Université de Caen Basse – Normandie.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto. 1988. “A categoria de (Des) Orden e a Pós – Modernidade na Antropologia”. En: *Anuário Antropológico*, N° 86, Brasília, Editora Universidade de Brasília. Tempo Brasileiro. pp. 57-73.
- DEMAZIÈRE, Didier. 1986. “Un regard sur l’image de la sociologie parme les sociologues”. En : *Sociologues en quête de Sociologie; Cahiers du LASA*, No. 5. Caen Université de Caen Basse – Normandie.
- GEERTZ, C y CLIFFORD, J. 1996. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa editorial
- GEERTZ, Clifford. 2003. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa editorial.
- KROTZ, Esteban. 2002. *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- LEVI STRAUSS, Claude. 1958/1974. *Anthropologie Structurale*. Paris, Plon.
- MENESES, Lino. 1992. “Desarrollo histórico de la arqueología venezolana”. En: *Boletín Antropológico*, No 25, Centro de Investiga-

- ciones Museo Arqueológico, Universidad de los Andes, Mérida.
pp. 19-34
- MARY, André. 1986. De l'effet de la philosophie en Sociologie: les ambivalences de la socio – philosophie. En: *Sociologues en quête de Sociologie; Cahiers du LASA*, No. 5, Université Caen, Caen. pp 45 – 68.
- PÉREZ – Taylor, R. 2002. *Antropología y complejidad*. Barcelona, Gedisa.
- SPERBER, Dan. 1982. *La savoir des anthropologues*. Paris, Collection Savoir Hermann.
- TORO, Elías. 1906. *Antropología General de Venezuela Precolombina*, Tipografía Herrera Irigoyen, C. A., Caracas.
- VARGAS, Iraida. 1976/1988. “Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas 1880-1936”. En: Amodio, E. (editor), *Historia de la Antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia. Maracaibo.
- VIZCAÍNO, Henry. 2004. *Los inicios de los estudios antropológicos en la Universidad venezolana*, Trabajo de Grado, Maestría en Antropología, Facultad Experimental de Ciencias Universidad del Zulia, Maracaibo.